

hogar á los piés del padre y de la madre, los habitantes de los claustros, hijos mas rendidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos piés de otro Padre mejor; y el sacratísimo manto de otra Madre mas tierna. Cuando la civilizacion católica va de vencida, y entra en su período decadente, luego al punto la familia decae, su constitucion se vicia, sus elementos se descomponen y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo; mientras que una familiaridad sacrilega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces, envilecida y profanada se dispersa, y va á perderse en los clubs y en los casinos.

La historia de la familia puede encerrarse en pocos renglones. La familia divina, ejemplar y modelo de la familia humana, es eterna en todos sus individuos. La familia humana espiritual, que despues de la divina es la mas perfecta de todas, dura en todos sus individuos lo que dura el tiempo: la familia humana natural, entre el padre y la madre, dura lo que dura la vida, y entre el padre y los hijos largos años. La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos algunos meses: la familia artificial de los clubs dura un dia, la del casino un instante. La duracion es aquí, como en otras muchas cosas, la medida de las perfecciones. Entre la familia divina y la humana de los claustros, hay la misma proporción que entre el tiempo y la eternidad; entre la espiritual de los claustros, la mas perfecta, y la sensual de los clubs, la mas imperfecta de todas las humanas, hay la misma proporción que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.

CAPÍTULO III.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

CONSTITUIDOS, por una parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones; constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo misma santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido tabernáculo, para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo, que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna

para los que tienen hambre , sabiduría para los ignorantes , para los extraviados camino ; que estuviera llena de advertencias y de lecciones para los poderosos , y para los pobres llena de amor y de misericordias ; una autoridad puesta en tan grande altura que pudiera hablar á todas con imperio , y sobre roca tan firme que no pudiera ser contrastada por las alteradas ondas de este mar sin reposo ; una autoridad fundada directamente por Dios , y que no estuviera sujeta á los vaivenes de las cosas humanas ; que fuera á un tiempo mismo siempre nueva y siempre antigua , duracion y progreso , y á quien asistiera Dios con especial asistencia.

Esa autoridad altísima , infalible , fundada para la eternidad , y en quien se agrada Dios eternamente , es la santa Iglesia católica , apostólica , romana , cuerpo místico del Señor , esposa dichosa del Verbo , que enseña al mundo lo que aprende de boca del Espíritu Santo ; que puesta como en una region media entre la tierra y el cielo , cambia plegarias por dones , y ofrece perpétuamente al Padre , por la salvacion del mundo , la sangre preciosísima del Hijo en sacrificio perpétuo y en perfectísimo holocausto.

Como quiera que Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas , no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo , y entrando despues en su perfecto reposo dejarla expuesta á las injurias del tiempo , vano asunto de las disputas del hombre . Por esa razon ideó eternamente su Iglesia , que resplandeció en el mundo en la plenitud de los tiempos , hermosísima y perfectísima , con aquella alta perfeccion y soberana hermosura que tuvo siempre en el entendimiento divino . Desde entonces ella es , para los que navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades , faro luminoso puesto en escollo eminente . Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde , nuestro primer origen y nuestro último fin , en qué consiste la salvacion , y en qué la condenacion del hombre ; y ella sola lo sabe ; ella gobierna las almas , y ella sola las gobierna ; ella ilumina los entendimientos , y ella sola los ilumina ; ella endereza la voluntad , y ella sola la endereza ; ella purifica y enciende los afectos , y ella sola los enciende y los purifica ; ella mueve los corazones , y sola los mueve con la gracia del Espíritu Santo . En

ella no cabe ni pecado , ni error , ni flaqueza ; su túnica no tiene mancha ; para ella las tribulaciones son triunfos , los huracanes y las brisas la llevan al puerto .

Todo en ella es espiritual , sobrenatural y milagroso : es espiritual , porque su gobierno es de las inteligencias , y porque las armas con que se defiende y con que mata son espirituales ; es sobrenatural , porque todo lo ordena á un fin sobrenatural , y porque tiene por oficio ser santa y santificar sobrenaturalmente á los hombres ; es milagrosa , porque todos los grandes misterios se ordenan á su milagrosa institucion , y porque su existencia , su duracion , sus conquistas son un milagro perpétuo . El Padre envia al Hijo á la tierra , el Hijo envia sus apóstoles al mundo y el Espíritu Santo á sus apóstoles ; de esta manera , en la plenitud como en el principio de los tiempos , en la institucion de la Iglesia como en la creacion universal , intervienen á la vez el Padre , el Hijo y el Espíritu Santo . Doce pescadores pronuncian las palabras que suenan misteriosamente en sus oídos , y luego al punto es conturbada la tierra : un fuego desusado arde en las venas del mundo . Un torbellino saca de quicio á las naciones , arrebatá á las gentes , trastorna los imperios , confunde las razas . El género humano suda sangre bajo la presion divina ; y de toda esa sangre , y de toda esa confusion de razas , de naciones y de gentes , y de esos torbellinos impetuosos , y de ese fuego que circula por todas las venas de la tierra , el mundo sale radiante y renovado , puesto á los piés de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo .

Esa mística ciudad de Dios tiene puertas que miran á todas partes , para significar el universal llamamiento : *Unam omnium Republicam agnoscimus mundum* , dice Tertuliano . Para ella no hay bárbaros ni griegos , judíos ni gentiles . En ella caben el scita y el romano , el persa y el macedonio , los que acuden del oriente y del occidente , los que vienen de la banda del septentrion y de las partes del mediodía . Suyo es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina , suyo el império universal y el universal sacerdocio ; tiene por ciudadanos á reyes y emperadores ; sus héroes son los mártires y los santos . Su invencible milicia se compone de aquellos

varones fortísimos que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros senados y en sus santísimos concilios. Cuando sus pontífices hablan á la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.

Esa Iglesia puesta en el mundo sin fundamentos humanos, después de haberle sacado de un abismo de corrupción, le sacó de la noche de la barbarie. Ella ha combatido siempre los combates del Señor; y habiendo sido en todos atribulada, ha salido en todos vencedora. Los herejes niegan su doctrina, y triunfa de los herejes; todas las pasiones humanas se revelan contra su imperio; y triunfa de todas las pasiones humanas. El paganismo pelea con ella su último combate, y rinde á sus piés al paganismo. Emperadores y reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires. Pelea solo por su santa libertad, y el mundo la da el imperio.

Bajo su imperio fecundísimo han florecido las ciencias, se han purificado las costumbres, se han perfeccionado las leyes, y han crecido con rica y espontánea vegetación todas las grandes instituciones domésticas, políticas y sociales. Ella no ha tenido anatemas sino para los hombres impíos, para los pueblos rebeldes, y para los reyes tiranos. Ha defendido la libertad, contra los reyes que aspiraron á convertir la autoridad en tiranía; y la autoridad, contra los pueblos que aspiraron á una emancipación absoluta; y contra todos, los derechos de Dios y la inviolabilidad de sus santos mandamientos. No hay verdad que la Iglesia no haya proclamado, ni error á que no haya dicho anatema. La libertad, en la verdad, ha sido para ella santa; y en el error, como el error mismo, abominable; á sus ojos el error nace sin derechos y vive sin derechos, y por esa razón ha ido á buscarle, y á perseguirle, y á extirparle en lo más recóndito del entendimiento humano. Y esa perpétua ilegitimidad, y esa desnudez perpétua del error, así como ha sido un dogma religioso, ha sido también un dogma político, proclamado en todos tiempos por todas las potestades del mundo. Todas han puesto fuera de discusión el principio en que descansan; todas han

llamado error, y han despojado de toda legitimidad y de todo derecho al principio que le sirve de contraste. Todas se han declarado infalibles á sí propias en esa calificación suprema; y si no han condenado todos los errores políticos, no consiste esto en que la conciencia del género humano reconozca la legitimidad de ningún error, sino en que no ha reconocido nunca en las potestades humanas el privilegio de la infalibilidad en la calificación de los errores.

De esa impotencia radical de las potestades humanas para designar los errores, ha nacido el principio de la libertad de discusión, fundamento de las constituciones modernas. Ese principio no supone en la sociedad, como pudiera parecer á primera vista, una imparcialidad incomprensible y culpable entre la verdad y el error: se funda en otras dos suposiciones, de las cuales la una es verdadera, y la otra falsa; se funda por una parte, en que no son infalibles los gobiernos, lo cual es una cosa evidente; se funda, por otra, en la infalibilidad de la discusión, lo cual es falso á todas luces. La infalibilidad no puede resultar de la discusión, si no está antes en los que discuten; no puede estar en los que discuten, si no está al mismo tiempo en los que gobiernan: si la infalibilidad es un atributo de la naturaleza humana, está en los primeros y en los segundos; si no está en la naturaleza humana, ni está en los segundos, ni está en los primeros: ó todos son falibles, ó son infalibles todos. La cuestión pues consiste en averiguar si la naturaleza humana es falible ó infalible; la cual se resuelve forzosamente en esta otra, conviene á saber: si la naturaleza del hombre es sana, ó está caída y enferma.

En el primer caso, la infalibilidad, atributo esencial del entendimiento sano, es el primero y el más grande de todos sus atributos; de cuyo principio se siguen naturalmente las siguientes consecuencias: Si el entendimiento del hombre es infalible porque es sano, no puede errar porque es infalible; si no puede errar porque es infalible, la verdad está en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados; si la verdad está en todos los hombres aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones han de ser forzosamente idénticas; si

todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son idénticas, la discusion es inconcebible y absurda.

En el segundo caso, la falibilidad, enfermedad del entendimiento enfermo, es la primera y la mayor de las dolencias humanas; de cuyo principio se siguen las consecuencias siguientes: Si el entendimiento del hombre es falible, porque está enfermo, no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible; si no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible, esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados; si esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son una contradiccion en los términos, porque han de ser forzosamente inciertas; si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son inciertas, la discusion es absurda é inconcebible (1).

Solo el catolicismo ha dado una solucion satisfactoria y legítima, como todas sus soluciones, á este problema temeroso. El catolicismo enseña lo siguiente: El hombre viene de Dios, el pecado del hombre; la ignorancia y el error, como el dolor y la muerte, del pecado; la falibilidad, de la ignorancia; de la falibilidad, lo absurdo de las discusiones. Pero añade despues: El hombre fué redimido; lo cual, si no significa que por el acto de la redencion, y sin ningun esfuerzo suyo, salió de la esclavitud del pecado, significa á lo menos, que por la redencion adqui-

(1) Para hacer una aplicacion debida de estos argumentos del autor, conviene tener presente no tanto la historia del paganismo antiguo, como la de este otro paganismo reproducido en nuestros tiempos en aquellas sociedades y en aquellos individuos no penetrados por la saludable influencia de la Iglesia. El estrago causado por la prevaricacion del primer hombre es tan profundo, que ha inducido á algunos herejes, especialmente los modernos, á proclamar como estinguido el libre albedrío, declarando por consiguiente muerta tambien la razon, que es uno de sus elementos integrales. Los católicos, empero, entre los cuales ocupa el Sr. Donoso tan distinguido lugar, no han incurrido nunca en estas erróneas exageraciones anatematizadas por la Iglesia; por mas que al ver con espanto los terribles efectos de la humana flaqueza, y juzgando con tanta razon mas necesario hoy que nunca el tenerlos en cuenta, haya querido el ilustre escritor trazarnos con su elocuente pluma este cuadro de ellos, tan digno de ser admirado.

rió la potestad de romper esas cadenas, y de convertir la ignorancia, el error, el dolor y la muerte en medios de su santificacion, con el buen uso de su libertad, ennoblecida y restaurada. Para este fin instituyó Dios su Iglesia inmortal, impecable é infalible. La Iglesia representa la naturaleza humana sin pecado, tal como salió de las manos de Dios, llena de justicia original y de gracia santificante: por eso es infalible, y por eso no está sujeta á la muerte. Dios la ha puesto en la tierra para que el hombre, ayudado de la gracia, que á nadie se niega, pueda hacerse digno de que se le aplique la sangre derramada por él en el Calvario, sujetándose libremente á sus divinas inspiraciones. Con la fé vencerá su ignorancia, con su paciencia el dolor, y con su resignacion la muerte: la muerte, el dolor y la ignorancia no existen sino para ser vencidas por la fé, por la resignacion y por la paciencia.

Síguese de aquí que solo la Iglesia tiene el derecho de afirmar y de negar; y que no hay derecho fuera de ella para afirmar lo que ella niega, para negar lo que ella afirma. El dia en que la sociedad, poniendo en olvido sus decisiones doctrinales, ha preguntado qué cosa es la verdad, qué cosa es el error, á la prensa y á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas, en ese dia el error y la verdad se han confundido en todos los entendimientos, la sociedad ha entrado en la region de las sombras, y ha caido bajo el imperio de las ficciones. Sintiendo por una parte en sí misma una necesidad imperiosa de someterse á la verdad, y de sustraerse al error; y siéndola imposible por otra averiguar qué cosa es el error y qué cosa es la verdad, ha formado un catálogo de verdades convencionales y arbitrarias, y otro de soñados errores, y ha dicho: adoraré las primeras y condenaré los segundos; ignorando, tan grande es su ceguedad, que adorando á las unas y condenando los otros, ni condena ni adora nada; ó que si condena y si adora algo, se adora y se condena á sí misma.

La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado el mundo del caos. Su intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestion la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la ver-

dad religiosa: verdades primitivas y santas, que no están sujetas á discusion, porque son el fundamento de todas las discusiones; verdades que no pueden ponerse en duda un momento, sin que en ese momento mismo el entendimiento oscile, perdido entre la verdad y el error, y se oscurezca y enturbie el clarísimo espejo de la razon humana. Eso sirve para explicar por qué, mientras que la sociedad emancipada de la Iglesia no ha hecho otra cosa sino perder el tiempo en disputas efímeras y estériles, que teniendo su punto de partida en un absoluto escepticismo, no pueden dar por resultado sino un escepticismo completo, la Iglesia, y la Iglesia sola, ha tenido el santo privilegio de las discusiones fructuosas y fecundas. La teoría cartesiana, según la cual la verdad sale de la duda, como Minerva de la cabeza de Júpiter, es contraria á aquella ley divina que preside al mismo tiempo á la generacion de los cuerpos y á la de las ideas, en virtud de la cual los contrarios excluyen perpétuamente á sus contrarios, y los semejantes engendran siempre á sus semejantes. En virtud de esta ley, la duda sale perpétuamente de la duda, y el escepticismo del escepticismo, como la verdad de la fé, y de la verdad la ciencia.

A la comprension profunda de esta ley de la generacion intelectual de las ideas se deben las maravillas de la civilizacion católica. A esa portentosa civilizacion se debe todo lo que admiramos y todo lo que vemos. Sus teólogos, aun considerados humanamente, afrentan á los filósofos modernos y á los filósofos antiguos; sus doctores causan pavor por la inmensidad de su ciencia; sus historiadores oscurecen á los de la antigüedad por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios*, de San Agustin, es aun hoy dia el libro mas profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado á los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus concilios, dejando aparte la divina inspiracion, son el monumento mas acabado de la prudencia humana. Las leyes canónicas vencen en sabiduría á las romanas y á las feudales. ¿Quién vence en ciencia á Santo Tomas, en genio á S. Agustin, en majestad á Bossuet, en fuerza á S. Pablo? Quién es mas poeta que Dante? Quién iguala á Shakespeare? Quién aven-

taja á Calderon? Quién, como Rafael, puso jamás en el lienzo inspiracion y vida? Poned á las gentes á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilizacion grandiosa y bárbara. Ponedlas á la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilizacion graciosa, efímera y brillante. Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas á la vista de una catedral, y al ver tanta magestad unida á tanta belleza, tanta grandeza unida á tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta mesura junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras, y tanta suavidad en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo mas grande de la historia, y la mas portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener, del egipcio lo grandioso, de lo griego lo brillante, del romano lo fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale mas que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto (1).

Si se pasa de las ciencias, de las letras y de las artes, al estudio de las instituciones que la Iglesia vivificó con su soplo, alimentó con su sustancia, mantuvo con su espíritu y abasteció con su cien-

(1) El escritor racionalista Welte, muy celebrado tambien y no católico, se expresaba en estos términos en 1850 (Weber den Munster zu Strasbourg) hablando de la catedral de Strasburgo. «He visto la catedral de Strasburgo, he visto este milagro del mundo cristiano, esta obra concebida con tan extraordinario atrevimiento y con tan ardiente fé, este monumento de una edad que ya no existe (no existe para los protestantes, se entiende) y á su vista he sentido el alma sojuzgada por un poder desconocido, absorto como estaba en la contemplacion, y anegado en un mar de delicias. Allí está patente la potencia del génio humano, cuando la fé lo fortifica y lo alumbrá: este monumento vivirá mientras haya hombres capaces de recoger su espíritu, y mientras dure el amor hácia aquel Espíritu-Santo, que solo ha podido inspirarlo. Aquella masa que allí se levanta tan magnífica, transporta las almas á las mas escelsas regiones, comunicándoles aquella libertad de espíritu, aquella grandeza de ánimo que han presidido á su construccion. Tan cierto es que todo lo verdaderamente grande nos levanta al cielo; y que cuanto nos levanta al cielo, canta la gloria de Dios.